

José Antonio Anzoátegui
La Muerte del Héroe
“Una historia clínica poco ortodoxa”

Alirio Sánchez Mendoza

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

José Antonio Anzoátegui. La Muerte del Héroe

Alirio Sánchez Mendoza

Colección líderes y caudillos latinoamericanos N° 17

Primera edición (2008)

Reimpresión febrero de 2021

Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

ISBN: 9781005796242

Smashwords Inc.

Sin autorización escrita firmada por el editor, no se podrá comercializar esta obra, por ninguna de las formas vigentes de mercado literario. Hecho el depósito de ley.

INDICE

A modo de isagoge	7
Anzoátegui el héroe	8
Pamplona	13
La tragedia	17
La enfermedad y su etiología	24
La fiebre	27
La fiebre pútrida	28
La peste	29
Cólera morbo	31
La muerte violenta	32
Ictus apopléptico	35
El coito post-prandial	37
Pamplona	38
El accidente cerebro vascular	39
Epítome	44

A modo de Isagoge

«Mucho se ha fantaseado sobre la muerte de Anzoátegui y aún se ha llegado a conclusiones estrafalarias y absurdas», afirma Fabio Lozano y Lozano en su erudita biografía sobre el héroe.

Cuando en mis años mozos leí por primera vez la gris lápida en mármol de Mutiscua, que el cabildo pamplonés de 1935, colocó en la casa en donde el general se encontró con la muerte, quise saber un poco más y aproveché las oportunidades que se me presentaron para adquirir información.

Infortunadamente, unos pocos sucesos reales se mezclaban con leyendas de sabor picaresco la mayoría y de corte novelesco otras, con brillar de espadas y desenlace sangriento.

Hoy presento a ustedes un escrito que no tiene, ni podía tener, pretensiones históricas y al que por lo mismo he puesto como subtítulo **«Una Historia Clínica poco ortodoxa»**, porque eso en definitiva es.

Fue mi propósito concretar un diagnóstico relativamente lógico, extraído sólo de las magras informaciones contenidas en las crónicas de ese tiempo y con fundamento en una sana concepción clínica.

Pido pues, benevolencia para estas páginas, de parte de todos ustedes, señores académicos, y en especial de mi distinguido colega doctor Mario E. Mejía Díaz, de quien partió la idea de mi presentación en esta ilustrada entidad.

Anzoátegui el héroe

José Antonio Anzoátegui, quien apenas dos meses y medio antes se había consagrado en Boyacá entre los Libertadores de Nueva Granada y a quien Bolívar promovió por tal razón a General de División, llegó a Pamplona el 25 de octubre de 1819 para reunirse con el Libertador y asumir su cargo como jefe del Ejército del Norte. Su objetivo: combatir a La Torre, tomar a Maracaibo y avanzar sobre Caracas, en tanto el Libertador marchaba a Angostura e iniciaba con la cooperación de los Ejércitos de Apure y del Oriente, la consolidación de la independencia de Venezuela.

El 8 de noviembre se despidieron y quedó Anzoátegui, como lo dijo el mismo Libertador al coronel Morales *«haciendo su persona»*.

Era en este momento el jefe más importante del Ejército, después del Libertador y debido a su modestia y corrección, estaba convertido en uno de los más prestigiosos y queridos jefes de la milicia patriota. Poseía, dice el historiador Lecuna: juventud, talento y virtud.

Según sus biógrafos, el general no era muy adicto a la actividad epistolar y por ello destacan una carta que envió a su esposa desde Bogotá, fechada el 28 de agosto de 1819, en cuyas líneas finales le informa sobre su próximo viaje a Venezuela.

Lozano y Lozano, califica este documento como «interesantísimo, aunque breve e inconexo» por la contribución que hace al conocimiento de toda la historia de la independencia.

La Carta dirigida a Chaguas de Cumaná, dice así:

Mi muy pensada siempre querida Teresa:

Al fin dispongo de un poco de tiempo para escribirte y contarte lo que ha sido de tu esposo desde el día en que te dejé en Cumaná llena de congoja y de sobresalto por la suerte que me tocara. Pues bien: la suerte me ha sido propicia como figurarte no puedes.

Tan luego como me incorporé en Angostura al Libertador, éste me ha colmado de honores y atenciones que no merezco sino por ser tu esposo.

Me nombraron, con el grado de coronel, Jefe de Estado Mayor del Ejército de Venezuela y con este empleo le acompañé al Apure, en donde este hombre prodigioso ha hecho milagros de estrategia para salvar un ejército de 3000 hombres de las garras de Morillo, que contaba con 7000.

Es verdad que ha contado con la eficaz ayuda de hombres como Páez y sus tenientes llaneros, a quienes se puede llamar héroes sin que este calificativo les quede grande.

Ya desde el 2 de abril de este año Morillo nos tuvo miedo, por la asombrosa proeza de las Queseras del Medio, que tú ya conocerás por los boletines.

El Libertador que saca partido de todo, se ha prevalido de esta situación para llevar a cabo la empresa más atrevida y arriesgada que pueda imaginarse: la de invadir a la Nueva Granada atravesando los llanos de Apure, de Arauca y de Casanare, en lo más crudo del invierno, y luego la Cordillera de los Andes.

Debo contarte cómo se hizo esto, porque ni tú ni nadie pueden suponerlo.

De San Juan de Tiznados, en donde estuvimos acampados y nos reunimos con Páez el 16 de enero, volvimos a Angostura, donde se reunió el congreso, y de allí te escribí una larga carta que dudo hayas recibido. Dejamos a Angostura en marzo y fuimos al Apure en donde no estuvimos un solo día en el mismo campamento: Sólo en Rincón Hondo estuvimos algunos días después de la proeza de Páez en las Queseras.

El 14 de mayo dejamos esa población y llegamos el 21 a Mantecal; de allí retrogradamos el 25 a Guasqualito, para hacer creer a Morillo que íbamos sobre Barinas. El 2 de junio salimos de Guasqualito y llegamos el 5 al río Arauca. Figurarse lo que fueron esos tres días caminando por entre el agua, nadando a trechos, ¡será cosa imposible!

Los llanos estaban inundados; parecían un mar literalmente, como ese que ves tú desde tu balcón; había que vadear y pasar a nado los ríos, los caños y los esteros; y sobre todo el Cachicamo que tiene como dos leguas.

Nuestras tropas eran los restos de las partidas que habían combatido en Venezuela a órdenes de los Monagas, Parejo, Cedeño Zaraza y Rojas.

Sólo con esta clase de gente, casi todos sin calzones ni camisa, pues muy pocos tenían los restos de sus viejas chaquetas y el resto estaban sin un hilo de ropas y con sólo su guayuco; sólo estos soldados que no habían estado nunca dos días en una misma parte y que dormían casi siempre en el agua y sobre su caballo; sólo estos que digo, pudieron hacer la travesía.